

Historias secretas de la clandestinidad (2)

LA «CONSPIRACION» JUANISTA QUE DIO EL TRONO A DON JUAN CARLOS

FRANCO no tenía ninguna prisa en designar sucesor. De acuerdo con las Leyes Fundamentales que había ido promulgando lentamente a lo largo de los treinta y tres años que en 1969 llevaba ya en el poder, el Estado se perfilaba, cada vez con mayor concreción, en forma de monarquía, pero respecto a la persona que en su momento debería ser Rey, todas las leyes dejaban muchos cabos sueltos que en la práctica permitían a Franco un amplio margen de maniobra para operar con gran libertad.

En 1969, sin embargo, una serie de circunstancias coincidentes, en buena parte provocadas por una sola mano, presionaron de tal modo a Franco que, a pesar de la supuesta independencia que siempre aparentó en la toma de sus decisiones, no tuvo otro remedio que nombrar a Don Juan Carlos sucesor en la Jefatura del Estado a título de Rey.

¿POR QUE RESTABLECIO FRANCO LA MONARQUIA?

Antes de responder a una pregunta así hay que aclarar otra cuestión: ¿Franco era monárquico? Yo creo que, por encima de todo, Franco era un convencido franquista. Es decir, que no sólo era astuto y cauto, sino que, como buen gallego, únicamente se fiaba de sí mismo. Pero Franco tenía, además, según puede desprenderse de cuanto hizo y dijo, sentimientos tradicionales y conservadores, comunes a los de la inmensa mayoría de los hombres que en aquellos años defendían la idea monárquica.

Por otro lado, su carrera militar progresó con tanta rapidez gracias a la protección de

Tras la publicación, la semana pasada, del «Contubernio de Munich», en el presente número ofrecemos nuevos datos sobre la historia del régimen anterior, con el tema de la llamada «conspiración» juanista. Tema que completaremos en una tercera entrega con el capítulo referido a los generales «malditos» del franquismo.

Participaron juntos,
por primera vez, monárquicos, católicos
y comunistas

Por Vicente Alejandro GUILLAMON



El punto de arranque de la ofensiva juanista fue el bautizo del Príncipe Felipe, el 8 de febrero de 1968.

Alfonso XIII, que convirtió los ascensos por méritos de guerra durante el largo y penoso conflicto marroquí en un instrumento de favoritismos y compensaciones a lealtades personales que, aparte de los méritos y capacidad personales, aprovecharon extraordinariamente a Franco. Este, pues, no podía por menos que sentirse agradecido con la institución monárquica, aunque la gratitud no suele ser la principal virtud de los poderosos.

El Alzamiento o sublevación militar del 36 no se hizo, sin embargo, con el declarado propósito de restablecer la Monarquía. Fue un hecho extremadamente complejo y variopinto, en cuyos protagonistas dominaba, por encima de cualquier otro sentimiento u objetivo, el espíritu anti respecto a la situación a la que había desembocado la República con el triunfo del Frente Popular.

Todos los comprometidos y cuantos se unieron al llamado bando nacional estaban perfectamente de acuerdo sobre lo que no querían, pero en cuanto hubo necesidad de administrar la victoria y definir el futuro del nuevo Estado aparecieron las discordias y comenzaron las intrigas y empujones de unos grupos a otros, que le vino a Franco como anillo al dedo para convertirse en árbitro, crear el franquismo y consolidar su mando personal. Una situación mejor no se la hubiera podido imaginar.

En su condición de árbitro, Franco fue definiendo en cada momento los caracteres del nuevo Estado según los vientos dominantes, pero sin pasarse, sin mojarse demasiado, dejando siempre puertas abiertas a otras salidas, aunque dentro de un sentido disciplinado, de mando único, je-



A propuesta de Franco, las Cortes aprobaron el nombramiento de Don Juan Carlos como sucesor en la jefatura del Estado.

rárquico y ordenancista, propio de un militar como él.

A tenor de estas características, era muy improbable que el régimen de Franco no desembocara, al final, en algún tipo de monarquía, en lo que tiene esta forma de estado tradicional y de mando o poder arbitral de uno solo, cuya autoridad, por su carácter hereditario e institucional, no puede ponerse en tela de juicio. Por eso, la monarquía ideada por el franquismo se definía como *tradicional, católica, social y representativa*.

Pero en ningún momento quiso ligarse a ninguna persona concreta ni reconocer derechos exclusivos de nadie hasta que llegó la fecha histórica del 22 de julio de 1969, en que las Cortes aprobaron la propuesta de Franco de nombrar a Don Juan Carlos sucesor en la Jefatura del Estado a título de Rey.

No obstante, si Franco hu-

biese tardado algún tiempo más en designar sucesor, tal vez el nombramiento no hubiese recaído en el actual Rey, sino en su primo Alfonso de Borbón-Dampierre, pero la boda de éste con la nieta del Generalísimo llegó demasiado tarde.

«OPERACION SALMON»

La promoción de Don Juan Carlos fue una obra laboriosa, complicada y maestra, ante la cual el observador desapasionado, cualesquiera sean sus preferencias políticas, no tiene más remedio que descubrirse. Fue planificada y ejecutada con la meticulosidad y precisión de una gran batalla militar. ¿Quiénes fueron sus artifices?

Laureano López Rodó, eminencia gris del almirante Carrero Blanco, nos da ciertas claves en su voluminoso libro

La larga marcha hacia la Monarquía, que hay que saber leer muy entre líneas, porque tiene mucha dinamita dentro.

El autor dice ya en la primera página de texto: «La vuelta de la Monarquía ha sido quizá la operación política más delicada, más intrincada y más laboriosa que ha conocido la historia contemporánea, no sólo de España, sino tal vez incluso de todo el mundo occidental». Y cuando López Rodó lo dice, por algo será, ya que, como brazo derecho de Carrero, padrino de la «operación salmón», fue el ejecutor material de la misma.

Lo da a entender páginas más adelante con esta otra confesión: «La tarea fundamental que me propuse realizar al hacerme cargo de la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno (en 1956, tras los primeros disturbios estudiantiles) fue contribuir a la construcción de

un Estado social de derecho y luchar por el restablecimiento de la Monarquía». Pero no una Monarquía cualquiera, podríamos añadir ahora nosotros, sino una Monarquía muy concreta y particular que el asesinato de Carrero echó por los suelos.

De todos modos, no hay Monarquía sin Monarca, y ello planteaba múltiples problemas, porque surgieron, como ocurre siempre en estos casos, muchos aspirantes a la plaza. Ibáñez Martín, en un raptó de fervor franquista, llegó a proponerle al Jefe del Estado que se coronase Rey, pero Franco, al que nunca le faltó el sentido común, rechazó con buen criterio la sugerencia alegando que la Monarquía, como los buenos vinos, requiere solera.

Quedaban otras muchas opciones, pero desde que Don Juan consintió, en 1948, que sus hijos estudiaran en Espa-

ña, el panorama sucesorio ad-quiría un cariz muy definido.

A despejar este panorama, inequívocamente a favor de Don Juan Carlos, se dedicó López Rodó con las bendiciones de Carrero y la colaboración de no pocas personas del *Régimen*, introducidas como tentáculos en todos sus mecanismos, menos en la Organización Sindical, hasta que en la crisis ministerial del 69, provocada por el caso Matesa, López Rodó colocó los Sindicatos bajo el mando de uno de sus sacristanes: García Ramal.

Al plan para sacar adelante la *candidatura* de Don Juan Carlos se le llamó *operación salmón*, «por la tenacidad y paciencia que requería», según palabras del propio López Rodó, quien confiesa en su libro de referencia que empleó con el Generalísimo la estrategia que aprendió precisamente en Galicia, donde le contaron que si se quiere meter a un cerdo en la cochiquera no hay que empujarle hacia dentro, pues entonces se para, sino tirarle del rabo hacia fuera, y de esta manera entra flechado.

Los principales hechos, documentos, vicisitudes y altibajos de semejante operación, con sus problemas y dificultades, han sido registrados por el ex ministro de Franco en dicho libro con la escrupulosidad minuciosa del perfecto covachuelista, por eso nos sentimos liberados de reproducir lo que está al alcance de cualquier lector curioso, sólo que López Rodó sabe, con toda seguridad, muchas más cosas de las que cuenta en su obra, porque, según evidencia a lo largo de las setecientas páginas de la misma, el almirante Carrero y él tuvieron en todo momento la más completa información de cuanto hacían y preparaban todos los adversarios de sus planes. Por esta causa, cuando los demás pensaban ir hacia algún sitio, el tándem Carrero-López Rodó estaba ya de vuelta. ¿Quién les podía impedir, por tanto, provocar ciertos acontecimientos y maniobras para confundir a sus adversarios y reblandecer la tenaz resistencia de Franco? El cúmulo de soluciones y pretendientes que aparecieron entre 1967 y 1969, ¿fue totalmente espontáneo o en parte auspiciado por manos ocultas para impresionar a Franco? Quizá algunas personas que manejaron diversos acontecimientos de aquellos años estarían en condiciones de aclararnos muchas dudas

La "operación salmón" desbarató los planes de los juanistas

si se decidieran a hablar con claridad, pero mientras no lo hagan, las sospechas y suspiencias subsistirán. Motivos no faltan.

LA CONSPIRACION JUANISTA

Lo que llamo *conspiración juanista*, ¿puede inscribirse dentro de esa clase de maniobras que parecen perseguir un objetivo y a la postre favorecen exactamente lo contrario? Por mi parte, no quiero anticipar valoraciones, sino que voy a exponer los hechos y que el lector juzgue.

Como consta ya en numerosos libros, las relaciones entre Don Juan de Borbón y Franco, aunque nunca estuvieron rotas del todo, fueron siempre difíciles, reticentes y sólo mantenidas por la fuerza de las necesidades. Ambas personalidades emitían en muy diferentes ondas y, por ello mismo, difícilmente podían sintonizar.

Apenas concluida la guerra, Don Juan, o sus partidarios, trataron de empujar a Franco para que dejase su lugar al heredero al Trono de Alfonso XIII, pero, como indica el cuento del cerdo, achucharon mucho, si bien nunca supieron tirarle del rabo. La verdad es que Don Juan jamás quiso deberle la Corona a Franco, y éste, por su parte, no consentía que nadie tratara de echarle del sillón. Ello explica que sus relaciones fueron casi siempre tan complicadas y equívocas.

De todas las maniobras juanistas para echar a Franco, ninguna tan espectacular y ruidosa como la de 1968-69; quizá por eso también fue la última. Las líneas generales de esta operación me las ha relatado Antonio García Trevijano, aunque, como en el caso de López Rodó, pienso que sabe bastante más de lo que cuenta.

García Trevijano no había aparecido hasta entonces en los círculos de la oposición. Al menos yo, como secretario general de unos sindicatos clandestinos que se estaban gestando en aquella época, no tuve noticias de él con anterioridad. Apareció, si no estoy equivocado, de la mano de

Calvo Serer y Antonio Fontán, que entonces jugaban a la contra, como presidente del Consejo de Administración y director, respectivamente, del diario *Madrid*.

Según su versión, que ha tenido la bondad de facilitarme ahora, Franco sufrió una lipotimia en septiembre de 1967 en el curso de una cacería en la sierra de Cazorla. La información llegó rápidamente a oídos del Conde de Barcelona a través de un marino inglés, amigo común de Don Juan y de Carrero, de quien procedía 'la especie.

«En aquella época —explica García Trevijano— yo colaboraba en la organización de Comisiones Obreras, a las que facilité un local abandonado en la plaza de Castilla, de Madrid, perteneciente a medias Vilma, en el que se celebraron unas reuniones en el mes de julio para preparar el congreso de CC. OO. de octubre próximo, que había de ser el inicio de una serie de movilizaciones obreras para minar los cimientos del régimen.»

En efecto, durante el indicado mes de octubre se intentaron diversas movilizaciones y acciones laborales en distintos puntos de España, pero su alcance fue más bien escaso.

El relativo fracaso de estas acciones lo expliqué pocos meses después en el libro *España, perspectiva 1969*, editado por Gaudiana, de los hermanos Camuña, que escribimos, por temas, Arelliza, Luis Angel Rojo, Antonio Tovar, Juan Luis Cebrián, Rafael Conte, Miret Magdalena, Guillermo Medina y yo.

Decía entonces: «A pesar del malestar reinante (debido a una cierta crisis económica y a la falta de libertad sindical), el mundo obrero ha demostrado de reacción y de acometividad inferior a la de los dos años anteriores». Luego me extendía en los problemas de la clandestinidad, que explicaban, en buena medida, el desenso en el nivel de combatividad. «La clandestinidad —decía— resulta muy cara y, hoy por hoy, sólo existen en España uno o dos grupos de cuantos se mueven al margen de la legalidad vigente que disponen de una economía ca-

paz de mantener el tipo con alguna resonancia. Los demás grupos arrastran una existencia llena de sacrificios y penalidades para sostener a duras penas la llama de los ideales que les animan. Parece, por consiguiente, que el problema de ciertos grupos de oposición extra-legal no es tanto de ideas o de hombres, sino de costos.»

En realidad, los únicos que tenían medios abundantes para seguir adelante eran los co-



Francisco Franco y el Conde de Barcelona, en el bautizo de la Infanta Elena.

munistas y los monárquicos juanistas, a la sazón aliados, junto con los demócratas cristianos de Ruiz Giménez, siempre atento a las indicaciones de Benelli; los miembros de las Vanguardias Obreras y del Movimiento Católico de Empleados, dependientes ambos de los jesuitas, y otros católicos de origen diverso.

PREPARATIVOS

En los meses de marzo y abril de 1968 se realizaron importantes preparativos para zarandear al *régimen*. En nombre de la Federación Sindical de Trabajadores participé en diversas reuniones en los sótanos del Hogar del Trabajo, sede de las Vanguardias Obreras, a las que asistían, entre otros, Marcelino Camacho y Julián Ariza en nombre de Comisiones Obreras, ya en proceso de organización; Ceferino Maeztú, en representación de un grupo sindical que también estaba organizando por entonces; Manuel Traba, Amancio Cabrero y Luis Royo, en nombre de la Asociación



Algunas entrevistas de Don Juan pusieron nervioso a Franco.



Areilza era jefe del secretariado político de Don Juan.

Sindical de Trabajadores, filial de las citadas Vanguardias Jesuítas y antecedente de la actual Organización Revolucionaria de Trabajadores, de carácter maofista.

Estas reuniones tenían por objeto lanzar una gran acción de masas con motivo del Primero de Mayo próximo. Yo me di cuenta en seguida que la acción tenía más relación con los entusiasmos oposicionistas asumidos de pronto por ciertos jóvenes de buenas familias que con los intereses estrictos de la clase obrera.

El grupo sindical al que pertenecía no vimos nada claro a qué venía todo aquello ni qué finalidad tenía. Tampoco estábamos dispuestos a embarcar a los trabajadores en

una aventura tan dudosa, por eso me atreví a preguntar, en una de las reuniones, que dónde estaban los tanques y los aviones, pero Camacho se salió, como es habitual en él, por los cerros de Ubeda, empleando grandes palabras y conceptos más que sobados.

En resumen, los de la F. S. T. llegamos a la conclusión que el resultado de tanto esfuerzo apenas podría ser otro que el de llevar a unos cuantos trabajadores a la cárcel, y que si ello era lo que buscaba el P. C. para proseguir en Carabanchel su labor de catequesis y proselitismo, nosotros no teníamos estómago para fabricar víctimas en beneficio de Intereses extraños ni teníamos recursos

para sostenerlas. Cuestión de medios, como ya he dicho antes.

EL BAUTIZO DEL PRINCIPE FELIPE

El punto de arranque de la ofensiva juanista fue el bautizo del Príncipe Don Felipe, celebrado el día 8 de febrero de 1968. Actuaron de padrinos la Reina Victoria Eugenia, esposa de Alfonso XIII, que no había vuelto a España desde

del Jefe del Estado, y el segundo había pedido permiso a Franco. Los otros tres fueron por su cuenta y riesgo, y ello incómodo al Caudillo, que no había autorizado la asistencia de don Camilo, aunque éste deseaba vivamente dar la bienvenida a la Reina madre. Hay que hacer constar que don Camilo fue un puntal decisivo, dada su estrecha amistad con Franco, en la «operación salmón».

Durante la estancia de Don Juan en Madrid ocurrieron mu-



La posibilidad de que Alfonso de Borbón fuera nombrado sucesor llegó tarde. Su boda con una nieta de Franco fue posterior al nombramiento de su primo Juan Carlos de Borbón.

que su marido dejó el Trono en 1931, y su hijo, el Conde de Barcelona, depositario de los derechos de la Corona.

Aunque el Gobierno tomó algunas precauciones para eludir situaciones embarazosas, no pudo evitar que una gran masa de monárquicos acudiera al aeropuerto de Barajas para recibir, a las cuatro de la tarde del día 7, a Doña Victoria Eugenia. Allí se encontraba también, llegado desde Estoril, Don Juan. Los enervados monárquicos dieron repetidos vivas al Rey. Según cuenta López Rodó, «fue realmente una apoteosis monárquica como nunca se había visto de cerca en cuarenta años».

Fue tanta la aglomeración y el barullo que la luna de la sala de honor del aeropuerto saltó hecha añicos. Cinco ministros acudieron a este recibimiento: Lacalle (Aire), Oriol (Justicia), Castiella (Exteriores), Espinosa (Hacienda) y Lora (Educación). El primero ostentaba la representación

chas cosas, la mayoría de ellas omitidas, pienso que deliberadamente, por López Rodó en su tan repetido libro.

Se formaron largas colas ante el palacio de Liria, residencia de los duques de Alba, que alojaron a la Reina madre, adonde acudían sus leales a rendirle pleitesía. Don Juan, por su parte, recibió a sus seguidores en el domicilio de los duques de Alburquerque.

Franco y su esposa asistieron al bautizo, celebrado en el palacio de la Zarzuela, pero no mantuvo ninguna conversación privada con Don Juan, con el que ya no quería saber nada. Decía que el Conde de Barcelona era del último que le hablaba. En cambio, cuenta López Rodó, Franco hizo un aparte con Doña Victoria Eugenia, a la que confesó que se inclinaba a favor de su nieto, Don Juan Carlos. La Reina, «al parecer, le dijo que aceptaba de antemano su decisión sobre el nombramiento de sucesor», pero yo dudo

de esta versión, dado que al llegar al aeropuerto hizo a Don Juan, su hijo, la reverencia que es protocolaria al Jefe de la Casa Real, luego mal puede compaginarse un dato con otro, y mucho menos con la firmeza que Doña Victoria Eugenia mantuvo durante toda su vida para evitar salidas de tono de ningún hijo o nieto frente a los derechos dinásticos del Conde de Barcelona.

García Trevijano refiere así los principales acontecimientos de aquellos días:

«Arellza, como jefe del secretariado político de Don Juan, se encargó de los actos protocolarios, pero el Conde de Barcelona me pidió a mí que le organizase los contactos políticos que estimara oportunos, y en la propia Zarzuela monté recepciones con representantes de diversos grupos de la oposición. De todas maneras, la entrevista que suscitó mayor preocupación en el Pardo fue la que se celebró en secreto en mi casa con el teniente general Manuel Díez Alegría, jefe del Alto Estado Mayor. Ibamos en coche, acompañados de la correspondiente escolta policial, del palacio de los duques de Alburquerque al de la Zarzuela. Al llegar a mi casa, frente a la clínica de la Concepción, detuvimos el coche, y sin dar cuenta a nadie, subimos al piso Don Juan, el duque y yo. En casa se hallaba ya el general Díez Alegría. La sorpresa de los policías de la escolta fue mayúscula, porque de pronto advirtieron que se les había perdido el «pájaro». Empezaron a dar la alarma y a bloquear los teléfonos, creyendo que nos habíamos metido en la clínica de la Concepción, tal vez a visitar a algún enfermo. Al cabo de un tiempo más o menos largo, averiguaron que Don Juan se hallaba en mi casa reunido con «unos militares», entre los que se contaba incluso a Carrero, pero nunca pudieron saber ni quiénes ni cuántos, y ello puso muy nervioso a Franco. Tal vez fue una de las causas que indujeron a éste a nombrar sucesor, antes de que los militares le obligaran a reconocer los derechos dinásticos que encarnaba el Conde de Barcelona. Conste que es la primera vez que hablo de esta entrevista. Antes, ni yo ni nadie la dio a la publicidad».

«En junio de 1969 —continúa explicando García Trevijano— hablé con don Camilo sobre la necesidad de restaurar la Monarquía, y el ministro de la Gobernación me contestó que la visita de Don Juan había decidido en el áni-

mo de Franco la designación de Don Juan Carlos.»

CLIMA DE REVUELTA

En el segundo semestre de 1968 ocurrieron una serie de acontecimientos que vinieron a incrementar el estado de incertidumbre que se respiraba en el país.

Aunque en los medios laborales la anormalidad fue escasa, como ya he dicho, aún se registró en la minería asturiana una cadena de protestas, sanciones y paros que se prolongaron desde el mes de septiembre al de enero del año siguiente.

De todas maneras, los desórdenes mayores tuvieron lugar en los medios universitarios, como reflejo del famoso mayo francés, al igual que ocurrió en otras muchas universidades de Europa occidental y Norteamérica. Recuérdese, entre otras, las revueltas de Berkeley (California) y el asalto y ocupación de la Universidad de Roma.

Aquí los hechos también adquirieron cierta gravedad. Cabe destacar, por ejemplo, el incendio intencionado que destruyó la techumbre de la vieja Universidad de la calle de San Bernardo, de Madrid, la noche del 29 de noviembre, y el intento de defenestración, el 17 de enero siguiente, del rector de la Universidad de Barcelona, profesor Albadalejo, por un grupo de estudiantes que invadieron el rectorado.

El año 1968 también fue pródigo en sanciones de prensa y suspensión de periódicos. Néstor Luján, director de *Destino*, sufrió una multa de cincuenta mil pesetas aparte de quedar inhabilitado para el ejercicio de la profesión. Al cura Víctor Manuel Arbeloa, actual presidente de la Diputación Foral de Navarra, en nombre del PSOE, también le procesaron por un artículo publicado en *Signo*, semanario de la Juventud de Acción Católica. Otro tanto le ocurrió a Juan Fernández Figueroa, director de *Índice*, aparte de los expedientes y sanciones menores que padecieron diversos periodistas más.

El diario *Madrid*, de Calvo Serer y Fontán, sufrió dos suspensiones seguidas de dos meses cada una, la segunda

motivada por un artículo del primero que se publicó en el número del 30 de mayo, titulado «Retirarse a tiempo: no al general De Gaulle», que, en realidad, se refería a Franco.

Finalmente, el 28 de septiembre fue suspendido *El Alcázar*, que podríamos llamar liberal, editado por hombres vinculados al Opus y a la causa monárquica. Pocos días después reaparecía editado por la Hermandad de Nuestra Señora Santa María del Alcázar de Toledo, en la línea que más o menos tiene hoy.



Don Juan, conversando con Guillermo Luca de Tena, actual director de «ABC».

Fraga, en aquel entonces como ministro de Información y Turismo, no daba abasto sancionador.

Por otro lado, en las Navidades de ese año fueron expulsados de España por extranjeros «que intervenían en los asuntos internos del país» el pretendiente carlista Carlos-Hugo, su padre y sus hermanas.

Al mismo tiempo que ocurría todo lo anterior se dio vía libre a las primeras asociaciones de estudiantes, que resultaron un fracaso, y empezaba a discutirse en el Consejo Nacional del Movimiento el asociacionismo político dentro del propio Movimiento, aunque todavía tardaría años en adquirir forma.

Toda esta serie de acontecimientos, de los que apenas hemos dado un pálido reflejo, crearon un clima habitual de polémica y tensión, lo que indujo al Gobierno a declarar el estado de excepción en toda España, el 24 de enero

de 1969, por un periodo de tres meses.

Después de algunas detenciones, particularmente de comunistas, y de interrogar a numerosos miembros de la oposición, como «aviso para navegantes», el estado de excepción se levantó el día 22 de marzo, un mes antes de lo previsto. El Gobierno, aunque muy dividido entre sí, pretendía dar la sensación, con tal medida, de que dominaba por completo la situación. En definitiva todo iba a servir, incluida la agitación y nervio-

sismo del año anterior, para el asalto final que preparaban Carrero y López Rodó.

ULTIMOS ACONTECIMIENTOS

Por si faltaba algo para reducir la resistencia de Franco a nombrar sucesor, ahí estaban los juanistas, que en el primer semestre de 1969 se mostraron particularmente activos, haciendo continuos viajes a Estoril. En uno de estos estuvieron juntos Serrano Súñer (cuñado de Franco y hombre fuerte en los primeros momentos del régimen, hasta que fue desplazado por Carrero) y Arellza. Al saberlo, Franco comentó: «Dios los cría y ellos se juntan».

Cuando ya estaba a punto de producirse el anuncio de nombramiento de sucesor, se reunieron en Estoril, los días 14 y 15 de julio, los miembros del Secretariado Político de Don Juan, ninguno de los cuales tenía la menor noticia de que en fecha inmediata iban a producirse grandes acontecimientos, tal era el secreto y la cautela con que se movían los impulsores de la «operación salmón».

Los miembros del Secretariado Político, entre ellos el

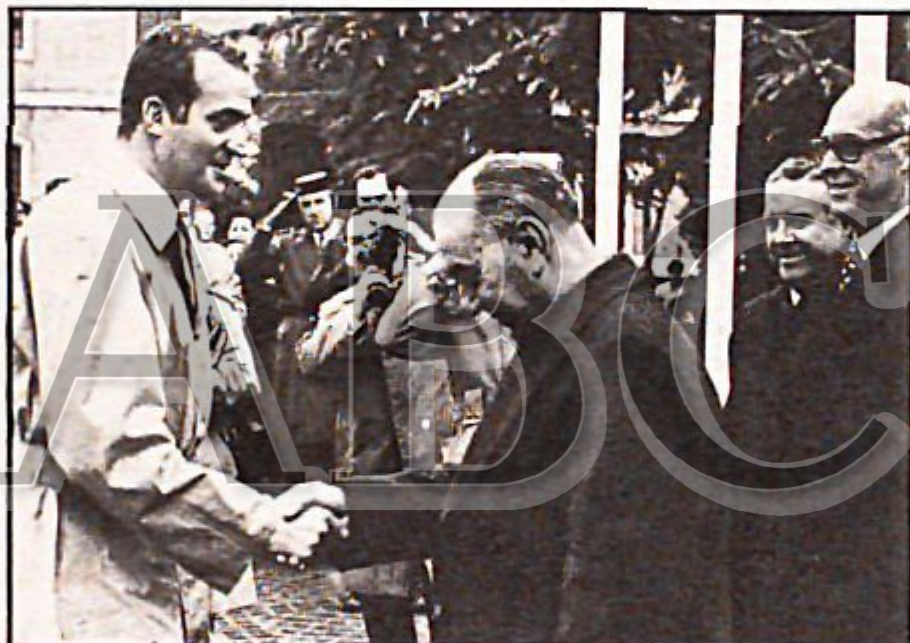
¿Empujó alguien a Don Juan con intención de hacerle fracasar?



Franco era favorable a la Monarquía, debido a la protección de Alfonso XIII.



Laureano López Rodó despejó el panorama a favor del Príncipe.



El Príncipe Don Juan Carlos, despidiéndose del almirante Carrero Blanco tras un acto celebrado en 1973.

Don Juan, su esposa y su hija, la Infanta Margarita, en Estoril, centro de reunión de los monárquicos.



conde de Montarco, Yanguas Mesias y Salnz Rodríguez, aseguraron a Don Juan que no iba a ocurrir nada. Sólo Luis María Anson mostró una opinión contraria, asegurando que había muchas posibilidades de que «el Caudillo designe sucesor... ya que López Ibor y otras personas lo dan por cierto, y sus motivos tendrán».

Sainz Rodríguez le atajo exclamando: «¡Fantasías de periodista!».

Al día siguiente de esta reunión le llegaron dos cartas a Don Juan. Una, de Franco, entregada por el embajador español en Lisboa, y otra, manuscrita, de su hijo, que llevó en mano el marqués de Mondéjar, en las que le daban cuenta, cada uno desde su posición, que Franco había decidido nombrar sucesor a Don Juan Carlos. La suerte estaba echada.

Don Juan llamó en seguida por teléfono a casa de García Trevijano, a quien le dijo: «Lo que temíamos ha pasado. El número uno me ha escrito. Venga a verme».

García Trevijano tomó el primer avión que salía hacia Lisboa y se presentó inmediatamente en Estoril. Al día siguiente lo hicieron Areilza y Sainz Rodríguez.

«Tuvimos una reunión —refiere el primero de los tres— en la que se vio que no existía ningún plan de actuación para hacer frente a una eventualidad semejante. También me di cuenta de que no estaban dispuestos a luchar. A partir de ese momento abandoné la idea de la restauración de Don Juan y empecé a trabajar por la unidad de la oposición desde la base, para la ruptura con el franquismo. Ese trabajo cuajó en la Junta Democrática.»

Don Juan se sintió agraviado, pero, al fin, se dio cuenta de que tenía la partida perdida y que era mejor transigir, en bien de la institución monárquica, que enfrentarse a su hijo. Así terminaron las aspiraciones de un Rey sin corona.

¿Actuaron los juanistas de fuerza de choque en favor de sus adversarios? ¿Quisieron empujar tanto al cerdo, con perdón, que López Rodó y Carrero no tuvieron más que tirar suavemente del rabo para meterlo en su cochiguera? Ahí están los hechos y datos que me ha sido posible reunir. Juzgue cada lector por sí.

V. A. G.